



Vilas, Carlos M.

# Actores, sujetos, movimientos : ¿dónde quedaron las clases?



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.  
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

*Cita recomendada:*

Vilas, C. M. (1996). *Actores, sujetos, movimientos : ¿dónde quedaron las clases?* *Revista de ciencias sociales*, (4), 113-142. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1422>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

## **Actores, sujetos, movimientos: ¿dónde quedaron las clases?**

**Carlos M. Vilas\***

### **I. Lo viejo, lo nuevo y lo renovado**

Buena parte de la literatura sobre los movimientos, que dinamizaron la sociedad y la política de América Latina en las dos décadas pasadas, insistió en la impropiedad de referirse en términos de clase a las movilizaciones que ellos protagonizaron. Los movimientos sociales pusieron de relieve la activación de un amplio espectro de actores cuya constitución como tales se llevó a cabo en el curso de modalidades de acción colectiva en las que, en general, la articulación con las relaciones de producción no ocupó un papel determinante. Esas movilizaciones han involucrado ante todo a actores cuya inserción productiva ha sido ambigua, a otros que han sido marginados de ella o a algunos que han estado actuando en el terreno de la reproducción social. La activación de sujetos constituidos a partir de relaciones de género, étnicas, generacionales, referentes territoriales, demandas culturales, etc. contrastó así con el papel menos visible desempeñado por organizaciones "de clase" más tradicionales, como sindicatos y algunos partidos (Calderón *et al.*, 1992; Slater, 1994a; Touraine, 1994, caps. 9 y 10, etcétera).

Esta constatación no es incompatible con el señalamiento, formulado en esos y otros análisis, de que muchos de estos movimientos y expresiones de la activación social tenían, de todas maneras, perfiles socioeconómicos bien definidos. Refiriéndose al capitalismo avanzado europeo, por ejemplo, Habermas (1981) y Offe (1988) coinciden en subrayar que en el centro de los "nuevos" movimientos sociales está la "nueva clase media" (profesionales, técnicos), acompañada por elementos de la vieja clase media y grupos periféricos ajenos al mercado de trabajo (de-

\* Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la Universidad Autónoma de México.

empleados, estudiantes, amas de casa, jubilados, etc.); en todo caso, no son ninguna de las clases polares de la sociedad capitalista. Frank y Fuentes (1989), por su parte, comparan el desarrollo de estos movimientos en Occidente (ante todo Europa) y el Tercer Mundo. En el primer caso advierten una composición predominante de clases medias, mientras que en el segundo encuentran sobre todo un perfil de clase popular; en el Tercer Mundo, agregan, la lucha de clases continúa y hasta se intensifica, pero toma la forma o se expresa por medio de muchos movimientos sociales y organizaciones, además de la forma "clásica" de fuerza de trabajo *versus* el capital y "su" Estado. Al mismo tiempo, señalan que estos movimientos tienen frecuentemente liderazgos de clase media y en esto son bastante similares a los movimientos de trabajadores y campesinos que los precedieron. Vilas (1993a) concluye, a su vez, que la activación de estos actores se refiere fundamentalmente al mundo de los pobres y los desposeídos, y que incluso en temas "amplios" (derechos humanos, etnicidad, género, ecología) se registra la presencia predominante de actores del mundo de la pobreza y la opresión.

En efecto, la mayoría de los casos estudiados en la literatura especializada se refiere a ese ambiente de clases populares, empobrecidas y políticamente dominadas, incluyendo formas violentas de acción colectiva: movimientos campesinos y obreros, guerrillas, protestas contra regímenes militares, contra la política económica y el endeudamiento externo, comunidades cristianas de base, movimientos barriales, movilizaciones contra la violación de derechos humanos incluyendo desaparición de personas por causas políticas, movimientos de mujeres, defensa del medio ambiente, movimientos étnicos, etc. (Eckstein, 1989; Schuurman y Van Naerssen, 1989; Escobar y Alvarez, 1992; Slater, 1994b). Temas que no tienen un referente socioeconómico preciso —género, preferencias sexuales, ecología, derechos humanos— resultan de todos modos referidos a un escenario de opresión institucional que los emparenta con la dimensión de opresión propia de la pobreza masiva y los aproxima a, y eventualmente articula con, los movimientos sociales que emergen de las múltiples manifestaciones de ésta. La cuestión es clara en materia de derechos humanos. La enorme mayoría de las víctimas de las violaciones pertenecen al mundo de los pobres y los oprimidos: la mitad de los detenidos-desaparecidos durante la dictadura militar 1976-1983 en la Argentina eran trabajadores y dos tercios eran asalariados; 70 % de los muertos y desaparecidos entre 1979 y 1982 por la represión militar y los "escuadrones de la muerte" en El

Salvador eran campesinos (Vilas, 1994, pp. 101 y 162-167). Algo similar puede decirse de los movimientos de mujeres (Alvarez, 1990; Benería y Feldman, 1992; Fisher, 1993; Radcliffe y Westwood, 1993) y étnicos (Fontaine, 1985; Vilas, 1990; Urban y Scherzer, 1991; Solares, 1993). Los intentos de "desclasas" a estos movimientos caen en la incoherencia argumental de ilustrar sus proposiciones casi exclusivamente con referencias al mundo del trabajo, la pobreza y la falta de trabajo (Winant, 1992). Sólo muy excepcionalmente el tratamiento académico de los movimientos sociales incluye manifestaciones de acción colectiva conducidas o expresadas por movimientos empresariales o, genéricamente, "burgueses" (Patiño Tovar, 1990; Luna, 1992).

El enfoque sincrónico de gran parte de la literatura reciente sobre el tema ha conspirado para que con mucha sorpresa y poca reflexión se "descubra" un fenómeno que en realidad se remonta por lo menos a la constitución histórica de las sociedades modernas, vale decir capitalistas. La estructuración de clase de estas formaciones sociales no implica teóricamente, ni existen registros históricos, que la dinámica del conflicto y la concertación social se exprese y procese en términos de relaciones entre clases. El paso de la posición estructural (es decir en la división del trabajo, en las relaciones de propiedad y en el sistema productivo) a la subjetivación y, por consiguiente, a la virtualidad de la acción colectiva está mediado por el modo de vida de la gente o, si se prefiere, por su identidad sociocultural. Esta identidad se construye incluyendo factores que, aunque refieran eventualmente a aquella posición, no tienen una relación directa ni unívoca con ella (Thompson, 1963; Hobsbawm, 1987). Por otro lado, la movilización de los actores unidos a través de una identidad de clase, en sentido estructural, "arrastró", o intentó hacerlo, a un arco más basto de actores, cuya posición estructural podía ser considerada próxima o asimilable a la de clase, pero que, sin embargo, se aproxima mucho más por el modo de vida –patrones y niveles de consumo, características habitacionales, experiencias cotidianas– que por factores estrictamente estructurales (Rudé, 1981; Hobsbawm, 1989).

La lucha política *entre* burguesía y proletariado –la cual es mucho más que su expresión en términos de capital versus trabajo– como clases "puras" del capitalismo urbano industrial puede, entonces, ser vista a modo de una competencia dirigida a definir alianzas y formular identidades en relación con el extenso espectro de actores que no son estructuralmente burgueses ni proletarios: pequeña burguesía de las ciudades, semiproletariado, campesinos sin tierra, entre otros. Es éste

un tema que adquirió alguna notoriedad en las revoluciones centroamericanas (Samaniego, 1980; Vilas, 1984a, 1994). La fascinación que esto suscitó entre muchos observadores sólo puede explicarse a causa de la citada desatención que mereció la historia de los movimientos populares y de las movilizaciones sociales. Esto no significa desconocer los elementos novedosos y los desafíos tanto teóricos como metodológicos de la problemática de la subjetivación y los nuevos actores; pero aconseja cierta cautela frente a reacciones que a veces obedecen a una actitud sanamente acuciosa y cuestionadora en el registro de los cambios sociales, otras a una importación acrítica de enfoques y esquemas y otras más a la sorpresa o desorientación frente a lo imprevisto.<sup>1</sup>

## II. Clase: representación y articulación

La presentación anterior señala que el cuestionamiento del sujeto de clase originado en la práctica de los movimientos sociales obedece en primer lugar a una cuestión descriptiva: la *fisonomía* de los nuevos actores no es consistente con una identidad de clase. Sin embargo, el tema es más complejo; detrás de la cuestión descriptiva es posible distinguir una doble problemática: de *representación* y de *articulación*.

El desfase frecuente entre identidades sociológicas y diseños políticos, sociales, institucionales plantea la cuestión de la naturaleza de la representación en tanto relación entre sujetos sociales y actores políticos. ¿Que tipo de relación vincula a un conjunto de individuos con sus representantes? A su turno, la ampliación del espectro de actores sociales y su discutida relación con las clases sociales "fundamentales" plantea el problema de la relación que existe entre el concepto de clase social y los actores colectivos empíricamente *observables*: por lo tanto, la relación existente entre el perfil sociológico de los actores (el dato y el modo en que es contruido) y el sentido y los alcances de sus orientaciones sociales, políticas y culturales (la conceptualización del dato). ¿Puede el concepto dar cuenta del dato en toda su riqueza? O si

<sup>1</sup> El análisis de los movimientos sociales en América Latina se ha prestado en ocasiones a la transferencia abstracta de enfoques diseñados a partir de otros contextos. ¿Puede hablarse con sensatez de una crisis del Welfare State -ámbito de la problematización de los movimientos sociales en los textos de Habermas y Offe-, en América Latina, cuando este tipo de estado nunca existió en los países de la región, salvo en su *proxy* populista en unos pocos de ellos? La formación histórica del movimiento sindical socialdemócrata europeo: ¿tiene algún parecido relevante con el sindicalismo en América Latina?

se prefiere: ¿es posible, o relevante, articular ese amplio arco de actores colectivos en torno al concepto de clase?

### 1. ¿Representación de los intereses o de los actores?

Quien primero planteó explícitamente el tema fue Edmund Burke. La representación, sostiene Burke, implica una relación intelectual en la medida en que es representación de intereses, no de situaciones específicas ni de grupos concretos (Burke, 1774, 1780). El representante no se vincula con sus representados por contacto directo o pertenencia a situaciones (sociales, geográficas, económicas o de otra índole) semejantes, sino por su eficacia para intelegir los intereses en cuya promoción actúa. Es ésta una relación racional que puede incluso chocar, en cuestiones inmediatas, con las opiniones de los representados, configurándose en estas condiciones una relación de "representación virtual" (*virtual representation*), que establece una tensión con la "representación efectiva" (*actual representation*) (Burke, 1792, p. 494). Marx planteó un punto de vista muy próximo al de Burke. El rasgo que convierte a un individuo, organización o aparato en representante de una clase o grupo social no es la pertenencia a dicha clase o grupo: "Pueden estar a un mundo de distancia" de ellos "por su cultura y su situación individual"; aquello que los hace representantes "es que no van más allá, en cuanto a mentalidad" de donde va la clase "en sistema de vida; que, por lo tanto, se ven teóricamente impulsados a los mismos problemas y a las mismas soluciones a que impulsa, prácticamente, el interés material y la situación social" (Marx, 1852).

Con palabras diferentes y una desigual carga en el componente de racionalidad que asignan a la relación, Burke y Marx coinciden en señalar el carácter intelectual y, en definitiva, *político* de la representación. La posición de Marx es extremadamente interesante porque implica una contradicción con su propia afirmación, central en su teoría, de que el "ser social" determina la conciencia de los individuos. ¿Cómo explicar entonces la posibilidad de que la mentalidad de ciertos agentes con determinadas posiciones de clase exprese los intereses de actores con posiciones de clase distintas? El tema cae más allá del interés específico de este artículo, pero no era posible pasarlo por alto sin siquiera una mención. Entre tanto, esta concepción de la representación *qua relación política de carácter intelectual* —es decir, como relación *construida*— contrasta con la posición de quienes plantean la represen-

tación a modo de una relación de *correspondencia*, e incluso de identidad sociológica –esto es, una relación *dada*–.

En efecto, se apunta frecuentemente, para determinar la representación de un actor colectivo por un individuo u organización, a la comunidad de rasgos sociológicos (en sentido amplio) que se observa entre aquél y éstos. Si la mayoría de los miembros y dirigentes de un partido son obreros, se está en presencia de un partido obrero; si los oficiales de las fuerzas armadas se reclutan de la clase media, la orientación política de las fuerzas armadas será de clase media (Nun, 1967).<sup>2</sup> La representación es así, ante todo, una representación de los actores en su efectiva configuración empírica. Esta concepción –en el mejor de los casos, *funcional* de la representación– se asienta en un principio de solidaridad orgánica que cuestiona el proceso histórico, en cuya virtud el capitalismo disolvió los vínculos de pertenencia y de obligación de la gente a las comunidades familiares, territoriales, corporativas, étnicas. Un proceso de individuación que constituyó a este individuo en ciudadano al mismo tiempo que lo aislaba de aquellas comunidades (Cerroni, 1972, 1975).

Muchos movimientos sociales participan en mayor o menor medida de este enfoque, reforzado por la fragilidad que el principio de individuación ciudadana presenta en muchas regiones del continente (Franco, 1993), y por la de todos modos limitada vigencia de los derechos de ciudadanía. La ampliación del arco de reivindicaciones y demandas de la acción social de raigambre popular puso de relieve las dificultades experimentadas por los actores sociales y políticos tradicionales (sindicatos, partidos, burocracias públicas) para dar expresión a la nueva agenda. En otros casos, el marginamiento institucional de esos actores en contextos autoritarios o abiertamente represivos creó, a la postre, las condiciones para que las nuevas manifestaciones de la acción social exploraran nuevas sendas de organización y movilización. La apelación implícita a un enfoque sociologista de la representación testimonia la búsqueda de autonomía de los movimientos sociales, uno de los aspectos centrales de la activación que protagonizaron (Habermas, 1981). A menudo esta concepción condujo a una actitud de desconfianza e, incluso, rechazo hacia el papel supuestamente nocivo, manipulador y reduccionista de partidos, sindicatos y burocracias estatales frente a la creatividad y vitalidad de los movimientos. Una posición que no

<sup>2</sup> Casi 30 años después, Nun ya no piensa así (véase por ejemplo Nun, 1991). Pero no conozco ninguna reelaboración de este artículo, uno de los textos más importantes de las ciencias sociales latinoamericanas de la década del sesenta.

es nueva en la política latinoamericana y que encontró eco y estímulo en algunos observadores académicos.<sup>3</sup>

Esta actitud de base inicialmente coyuntural condujo a una posición teórica que llegó incluso a exagerarse como cuestión de principio: los movimientos no pueden ser representados, y sólo los actores sociales pueden impulsar sus propias reivindicaciones. Una actitud que tiene poco que ver con la concepción roussoniana de la indelegabilidad de la *volonté general* y mucho con la reflexión teórica sobre las experiencias de participación social que se desarrollaron en América del Sur, a partir del golpe militar brasileño de 1964, y en Centroamérica como parte del auge revolucionario de los ochenta. La mayoría de las "transiciones a la democracia" derivaron en enfoques apenas schumpeterianos de la democratización –es decir, reducción de lo democrático a lo electoral (Schumpeter, 1950)–, y marcaron un contraste fuerte entre la centralidad con que los partidos políticos volvieron a ubicarse en el escenario institucional y el reducido espacio –para decir lo menos– reservado en ese escenario a las demandas de participación de los movimientos sociales. Un contraste que explicitó aún más la tensión entre el principio de *representación política*, sobre cuya base se legitima la actividad partidaria, y el principio de *representación funcional* implícito en la perspectiva movimientista.<sup>4</sup>

Ahora bien, una cosa es el perfil sociológico de los ejércitos y otra el sentido político de las guerras. En las barricadas del París de 1789 vemos sobre todo trabajadoras y trabajadores, pobres y gentes de oficio, y muy pocos burgueses; esto no impidió, sin embargo, que impulsaran una revolución cuyo contenido y alcances fueron indudablemente burgueses; a la inversa, la mayor parte de los directivos de la Asociación Internacional de Trabajadores –la Primera Internacional, la de Marx y Engels– no eran obreros, pero eso no altera el carácter de clase de su programa (Vilas, 1984b, cap. 1). La misma situación se registra en nuestros días con el voto de amplios sectores populares por candidatos

<sup>3</sup> Véase al respecto el análisis crítico de Assies (1990). Este tema excede los alcances del presente documento, pero es importante destacar que la reivindicación de autonomía respecto de sindicatos y partidos muchas veces fue compatible con una estrecha vinculación, y eventualmente subordinación, a los enfoques, recursos y personal de agencias eclesiásticas y organismos no gubernamentales –véase Kruijt, 1992; Vilas, 1993a, 1993b, pp. 33 y 22; García Delgado, 1994; Grompone, 1994–. Asimismo, las agencias gubernamentales son uno de los interlocutores privilegiados de los movimientos.

<sup>4</sup> En el periodo 1980-1984 la revolución sandinista experimentó con un sistema de representación que combinó ambos principios y que, a mi juicio, alcanzó buenos resultados (Vilas, 1994, pp. 226 y ss).

que impulsan programas que agravan la precariedad de las condiciones de vida de sus votantes, o con el más tradicional apoyo político de los campesinos empobrecidos a los terratenientes que los empobrecen. Por su parte, el papel activo desempeñado por las masas "pequeñoburguesas" no alteró el carácter de clase del fascismo europeo.

Lo que caracteriza al representante es la función que desarrolla con relación al actor social; la representación de un actor colectivo puede recaer sobre individuos u organizaciones cuyo control está en manos de elementos "salidos" de grupos o clases distintas de aquellas cuyos intereses se impulsan en un proyecto dado. Retomando uno de los casos citados anteriormente, y en coincidencia con el señalamiento ya comentado de Frank y Fuentes (1989), la mitad de los detenidos-desaparecidos en la Argentina eran trabajadores y poco más de la mitad varones, pero la conducción y la enorme mayoría de quienes nutrieron las organizaciones que encabezaron la lucha respecto de este tema correspondió fundamentalmente a mujeres de clase media. Del mismo modo, la conducción de las organizaciones indígenas tiende a estar a cargo de los miembros de las comunidades con mayor grado de exposición frente a la cultura mestiza, contra la cual demandan y se movilizan, y cuyos vínculos culturales con las comunidades tienden a ser más laxos (Vilas, 1992, pp. 281-300). La relación *política intelectual* puede contemplar un desfase sociológico (en sentido amplio) que no desvirtúa necesariamente el contenido de aquélla. Gramsci (1977) llamó la atención sobre este punto al señalar la formación de grupos y sectores sociales que "producen" intelectuales para las clases fundamentales de la sociedad capitalista: las clases medias urbanas, la pequeña burguesía agraria, y otras.

## 2. Las clases como principio de articulación

La crítica al concepto marxista de clases sociales y a su papel hermenéutico en las relaciones sociales y en los procesos políticos es casi tan vieja como su misma formulación; pero en años recientes ha sido desarrollada en el ámbito académico por dos perspectivas principales: el marxismo analítico y los enfoques "posmodernos", incluida en éstos la variante "posmarxista". Asimismo, ambos cuestionan la capacidad de las organizaciones de clase para articular la multiplicidad de las manifestaciones de la activación social, pero sus horizontes son disímiles: mientras el marxismo analítico busca adaptar los conceptos tradiciona-

les a la dinámica del capitalismo contemporáneo, el posmarxismo intenta deshacerse del concepto mismo.

### *Marxismo analítico*

La apelación al individualismo metodológico y a un enfoque rigurosamente analítico lleva a los autores de esta corriente a indagar los "microfundamentos" de las macrodeterminaciones económicas y sociales, es decir, el modo en que los factores globales estructurales operan en el plano de las decisiones individuales: la manera en que la estructura "se reproduce" en la mente de los hombres y motiva sus acciones (Gramsci, 1977). En esta línea de pensamiento, Wright (1985) llama la atención sobre la necesidad de distinguir entre *estructura de clase y formación de clase*; la primera se refiere a la estructura de relaciones sociales en la que entran los individuos, y que determina sus intereses de clase; la segunda señala la formación de colectividades organizadas dentro de la estructura de clase, sobre la base de los intereses modelados por esa estructura. La formación de clase es una variable; un tipo dado de estructura de clase puede caracterizarse por variados tipos de formación de clase. Si la estructura de clase se define por las relaciones entre clases, la formación de clase se define por las relaciones dentro de las clases, relaciones sociales que forjan colectividades en lucha. Buena parte del desarrollo de la teoría y la investigación marxista sobre las clases puede ser vista así como intentos de sortear el abismo entre el análisis abstracto de la estructura de clase y el análisis de la formación de clases (Wright, 1985, p. 11).

El punto de partida del análisis del proceso de constitución de las clases es el rechazo de la afirmación de que las clases particulares de una formación de clase pueden deducirse directamente de la estructura de clase. El proceso de formación de clase está decisivamente conformado por una variedad de mecanismos institucionales que tienen "autonomía relativa" respecto de la estructura de clase, y que determinan las formas en que las estructuras de clase son traducidas en los actores con ideologías y estrategias específicas. Przeworski, por ejemplo, toma de Gramsci y de Poulantzas la afirmación de que las relaciones ideológicas y políticas son objetivas respecto de la lucha de clases, lo cual rompe con los elementos economicistas e historicistas "inherentes a la formulación de la 'clase-en-sí'" (Przeworski, 1985, p. 84). Las clases se forman en el curso de la lucha misma, la cual está estructu-

rada por las condiciones económicas, políticas e ideológicas en las que ella tiene lugar; esas condiciones objetivas –a la vez económicas, políticas e ideológicas– moldean “la práctica de los movimientos que tratan de organizar a los trabajadores en una clase” (Przeworski, 1985, pp. 85-86). Las clases no son anteriores a la práctica política e ideológica; cualquier definición que la gente da de sí misma es inherente a la práctica de las fuerzas políticas comprometidas en la lucha para mantener o alterar de diversas formas las relaciones sociales existentes. Los partidos que se definen como representantes de los intereses de todos, los sindicatos, los periódicos, las escuelas, las burocracias públicas, las asociaciones cívicas y culturales, las fábricas, los ejércitos y las iglesias participan en el proceso de formación de clases durante el curso de la lucha que fundamentalmente concierne a la propia visión de la sociedad.

Así como Przeworski coloca el acento en la lucha de clases como factor de constitución de las identidades colectivas, Wright enfatiza el concepto de explotación partiendo de las investigaciones de John Roemer (1982). Lo que hace antagónicos a los intereses de los actores es que la relación que se establece entre ellos sea de explotación y no simplemente de dominación (Wright, 1989, p. 5). El concepto de dominación no implica en sí mismo ningún interés específico de los actores; la explotación, en cambio, implica intrínsecamente un conjunto de intereses materiales opuestos. La centralidad del concepto de explotación –Roemer demuestra que puede identificarse y dimensionarse con precisión matemática– permite diferenciar los conflictos de clase de otros que no lo son (conflictos étnicos, de género, culturales). En este segundo tipo de conflicto hay de por medio una relación de dominación que no predica sobre el carácter de los intereses en juego; éstos deben ser precisados en cada caso particular. La relación de explotación implica una relación de dominación, pero presenta como rasgo específico la apropiación por el opresor de al menos una parte del excedente económico del oprimido.

El marxismo analítico afirma, por lo tanto, la relevancia del concepto de clase –y, salvo en el caso de Elster (1986), su centralidad– en el análisis social, junto con el reconocimiento de la insuficiencia de las premisas de Marx. El análisis de clase implica asumir que la formación de las clases es un proceso histórico donde se articulan factores políticos, ideológicos, culturales, organizativos tan decisivos como el anclaje estructural. En consecuencia, la identificación de las clases y de su lucha no puede llevarse a cabo mediante una deducción abstracta de determinados rasgos estructurales, sino a partir de análisis que combinen

la atención puesta sobre la estructura con la identificación de los mecanismos mediante los cuales es posible referir a ella el comportamiento efectivo de los actores colectivos en situaciones particulares. El marxismo analítico no cuestiona el concepto de clase, sino el modo reduccionista, estructuralmente abstracto y *apriorístico* en que el mismo es elaborado en la literatura marxista tradicional (Wright, *et al.*, 1992). El concepto de clase mantiene su valor como criterio de articulación de la dinámica social en la medida en que el análisis sea capaz de dar cuenta de la multiplicidad de factores que contribuyen a darle identidad.

### *Posmarxismo*

Esta corriente, fuertemente influida por los enfoques posmodernos aplicados a las ciencias sociales, va mucho más allá de las críticas y adaptaciones del marxismo analítico para afirmar, con diferentes niveles de explicitación, la irrelevancia del enfoque marxista en general y de las clases en particular. En su actitud de rechazo a toda teoría general, a los metadisursos y a las metanarrativas mediante las cuales pueda establecerse una conexión entre los fenómenos que se observan, los enfoques posmodernos reducen la posibilidad del conocimiento a la descripción de los fenómenos sensibles. La realidad social es un juego de múltiples combinatorias de diferencias y fragmentaciones que no obedecen a una racionalidad predeterminada, sino a la voluntad subjetiva del observador. La virtualidad cuestionadora de la atención del posmodernismo a las múltiples expresiones de la diferenciación social, a las microexpresiones del poder y a la dominación resulta sin embargo neutralizada por su rechazo de principio a toda interpretación holística del sistema social, lo cual implicaría superar las fronteras elementales del conocimiento sensible y potenciar la eficacia transformadora de aquellos cuestionamientos segmentados y recíprocamente aislados (véase Harvey, 1989; Rosenau, 1992).

Las premisas de la visión posmoderna han sido adoptadas por varios autores (Aaranowitz, 1981; Cohen, 1982; Ryan, 1982, etc.), de los cuales el más difundido es Ernesto Laclau. Este autor rechaza no sólo la afirmación que postula a lo económico como el referente final del desarrollo histórico, sino también la idea de totalidad *qua* realidad fundante de los fenómenos sociales en tanto implica afirmar la existencia de una esencia subyacente "real", la cual debe ser reconocida en la variedad empírica y contingente que se expresa en la superficie de la vi-

da social. Niega la existencia de un principio de articulación de lo social y plantea en su lugar la "infinitud de lo social"; todo sistema estructurado es limitado, está rodeado siempre por un "exceso de significado" que es incapaz de controlar; por consiguiente, la "sociedad" en cuanto objeto unitario e intelegible que "fija" sus propios procesos parciales es una imposibilidad: "Debemos empezar renunciando a la concepción de 'sociedad' como totalidad fundante de sus procesos parciales" (Laclau y Mouffe, 1985, p. 95).

Lo social se constituye de manera simbólica como una discursividad abierta; niégase, por lo tanto, la existencia de sujetos predeterminados de la acción social y de identidades "necesarias" (Laclau y Mouffe, 1985, pp. 110-111). No existen sujetos sociales sino "posiciones de sujeto" en una estructura discursiva decidida unilateralmente por el actor o el observador. Lo social, producto de esa discursividad abierta, excede siempre los límites de los intentos de constituir la sociedad, concepto éste que implicaría cerrar esa discursividad a una determinación necesaria. Puesto que no hay identidades necesarias, mucho menos esenciales, carece de sentido hablar de "falsa conciencia", lo cual supondría que hay una conciencia verdadera que puede determinarse a priori por los datos de la estructura. La identidad efectiva de los agentes sociales es crecientemente cuestionada cuando el flujo de las diferencias en el capitalismo avanzado indicó que la identidad y homogeneidad de los agentes sociales es una ilusión, una inestable articulación de posicionalidades que cambian constantemente.

El mismo exceso de significado, la misma precariedad de cualquier estructuración que encontramos en el dominio del orden social, se hallará en el dominio de la subjetividad. Pero si cada agente social es un sujeto descentrado, si cuando intentamos determinar su identidad no hallamos más que el "movimiento caleidoscópico de las diferencias" ¿en qué sentido podemos decir que los sujetos se reconocen bien o mal?" (Laclau, 1991). "Clase", en consecuencia, es simplemente una de las múltiples posibilidades de constitución de la identidad del sujeto, que en el mismo momento y dentro del mismo marco discursivo puede ser constituido como un sujeto de identidad distinta, simplemente alterando la combinatoria de los elementos del discurso.

### III. Críticas y alternativas

Tanto el marxismo analítico como el posmarxismo han suscitado un rico debate académico, que no es posible resumir aquí.<sup>5</sup> Se observa, sin embargo, que al centrarse en torno al concepto marxista, o a la interpretación que se practica de él, ambos enfoques soslayan otras perspectivas posibles de la cuestión y, en particular, los enfoques funcionalistas de las clases sociales. El punto merece ser destacado ya que existen intentos recientes por superar las limitaciones de la conceptualización marxista estructural, articulando ingredientes del marxismo analítico con algunas conceptualizaciones típicas del funcionalismo: si un par de décadas atrás la conceptualización marxista se presentaba como la superación "científica" de las limitaciones y la imprecisión funcionalistas, hoy se estaría recorriendo el camino inverso.

Acercándose en esto a Dahrendorf (1959) –quien veía a las clases como posiciones en las relaciones de autoridad–, Van Parijs (1993) vuelve a plantear la cuestión del poder y la dominación en la definición de las clases. Más aún, ensaya una articulación entre el concepto funcionalista de clase como grupo de estatus y el concepto marxista de explotación en su versión analítica, proponiendo la noción de "explotación de estatus" a fin de dar cuenta de situaciones en que son los rasgos de estatus –raza o género, por ejemplo– aquellos que hacen posible la explotación económica. La propuesta de van Parijs no debe ser confundida con lo que ya se sabe respecto de las relaciones de jerarquización y dominación, producto, por ejemplo, del racismo o de la opresión de género. A lo que aquí se hace referencia es a la configuración de relaciones de explotación partiendo de formas de opresión que no son, en sentido estricto, de índole estructural. Puesto que hay hombres, mujeres, blancos, negros, indígenas igualmente calificados "que obtienen recompensas desiguales a causa de su sexo o su raza aunque esto no sucedería en una economía de competencia perfecta", existe una explotación de género o étnica que da cuenta de esas "desviaciones" respecto del paradigma capitalista del mercado. Van Parijs concluye, en consecuencia, que "debería haber tantas divisiones de clases como factores que afectan sistemáticamente la distribución de ventajas materiales". Si nos

<sup>5</sup> Sobre el marxismo analítico véase por ejemplo Lebowitz, 1990; Kirkpatrick, 1994; sobre el posmarxismo de Laclau y Mouffe véase Meiksins Wood, 1986 y el debate en *New Left Review*, Geras, 1987, 1988, 1990, y Laclau y Mouffe, 1987.

preguntamos acerca de cuál de estas divisiones de clases es la más relevante en un contexto histórico particular, debemos responder que ella "depende simplemente de cuáles son los factores que más fuertemente afectan la distribución de los ingresos y del poder".

El riesgo de este tipo de propuestas es que, en la mejor tradición funcionalista, puede terminarse reconociendo tantas clases como conjuntos sociales se definan; el concepto de clase pierde precisión. Sin embargo, y sin necesidad de llegar a tales extremos, el enfoque de Van Parijs se aproxima a las conclusiones de algunos estudios sobre la estructura social y los procesos políticos de sociedades en las que la explotación de clase se articula con la opresión étnica o de género (Silva, 1985; Vilas, 1990 y 1992; Patrinos y Psacharopoulos, 1993; Lovell, 1994). Estos estudios permiten generalmente afirmar que cuando grupos de estatus subordinados presentan una reducida diferenciación social interna en comparación con la del grupo étnico dominante, esos grupos, sin ser clases en sí mismos, tienden a involucrarse en relaciones típicas de clase.

El peligro de caer en el relativismo se hace efectivo en el enfoque de Laclau. Partiendo de una versión caricaturizada del marxismo (determinista, rigidamente economicista, simplificadora y esencialista, que luego es descalificada por ser determinista, economista, simplificadora y esencialista) el rechazo de todo concepto general y de la objetividad de los actores sociales lleva a Laclau a la negación del análisis social y al rechazo de la posibilidad de criterios objetivos de identidad social. Prisionero de una visión vulgar del marxismo (base/superestructura, falsa conciencia, etc.) que hace tabla rasa con los debates de los últimos tres cuartos de siglo, el rechazo de un determinismo simple, mecánico y burdo arroja a Laclau en brazos de la contingencia absoluta. En un retorno a las posiciones tradicionales del idealismo abstracto, Laclau afirma la constitución de lo social por la vía de un discurso abierto a una pluralidad de articulaciones subjetivas y, por lo tanto, no susceptibles de ser sometidas a ninguna prueba de veracidad. El sujeto constituye al objeto en la medida en que el discurso constituye a lo social, y los criterios de verdad no relacionan al sujeto con el objeto, al discurso con la realidad, sino al sujeto con su propio discurso.

Al convertirse el lenguaje en modelo y principio de todo orden humano se llega a una "síntesis paradójica de determinismo absoluto y absoluta contingencia" (Meiksins Wood, 1986, p. 77). Por un lado, lo social es permeado a través de una estructura absolutamente determinada que se reproduce en sus manifestaciones empíricas, del mismo

modo que cada acto discursivo reproduce y está determinado mediante una estructura lingüística invariable. Por el otro, la estructura se reproduce en un número infinito de modos irreductiblemente contingentes, impredecibles y arbitrarios que son completamente accidentales e inexplicables, así como cada acto lingüístico es una única e impredecible combinación de posibilidades lingüísticas. Del mismo modo que los movimientos de la mano del niño generan nuevas combinaciones de una *dotación constante* de elementos en el caleidoscopio, el juego de las subjetividades genera nuevas identidades que no obedecen a una racionalidad mayor que la del juego del niño. ¿Pero es realmente posible afirmar que los ingredientes de la realidad social son una constante?

El intento de Laclau pierde interés tan pronto se lo confronta con las versiones no manualísticas del marxismo; es curioso que en su discurso Laclau no se refiera a ellas, abroquelándose en una argumentación oscura contra interlocutores innominados. ¿Tiene sentido regresar a las versiones más torpes del idealismo en nombre de una superación de las versiones más torpes del marxismo? En el fondo la crítica de Laclau deriva de que él mismo comparte las premisas que critica; la reducción del marxismo a un determinismo economicista abstracto conduce inevitablemente a que la crítica del determinismo implique el rechazo del marxismo. El intento de Laclau es, en consecuencia, irrelevante para descartar cualquier enfoque clasista que supere el nivel de primitivismo contemplado por aquella crítica. Ciertamente, el énfasis sobre la explotación en el punto de la producción tiende a ignorar las luchas de varios movimientos basados en género, raza, etnicidad o en causas como la protección ecológica o el desarme; la focalización sobre la explotación en el lugar de trabajo también oscurece el fenómeno general de la dominación. Sin embargo, este reduccionismo ya no era sostenido por nadie cuando Laclau y Mouffe escribieron su libro;<sup>6</sup> si se quiere descalificar el análisis de clase (marxista, funcionalista o de otra filiación teórica) es necesario apuntar más alto. Las relaciones de producción del capitalismo distan mucho de ser puramente "económicas": están gobernadas por la costumbre, la convención, las luchas pasadas, los éxitos y las derrotas de clase, circunstancias "coyunturales" y, finalmente, por el poder coercitivo de los empleadores y del estado.

La realidad efectiva de esas luchas no se reduce a sus manifestaciones fenoménicas, ni su carácter deriva de una discursividad abierta a una pluralidad de definiciones subjetivas. La percepción que la gente

<sup>6</sup> Véase por ejemplo Hall, 1977; Hindess, 1977.

tiene de los procesos en los que interactúa gravita en el sentido y los alcances de su participación, pero no determina el carácter de tales procesos. Una buena parte de las luchas sociales, incluidas las luchas de clases del capitalismo contemporáneo, es conducida por otros protagonistas distintos a aquellos considerados fundamentales por el modelo marxista –esto es, propietarios de capital y propietarios de fuerza de trabajo–. La emergencia de los movimientos sociales es, de hecho, un resultado de la decreciente capacidad del movimiento obrero y los partidos políticos socialistas o comunistas para representar adecuadamente las demandas de los sectores que se expresan a través de esos movimientos; como señala Miliband (1989, p. 98), pueden ser interpretados “como un rechazo a la pretensión de que la clase obrera es una clase universal”.

#### **IV. La cuestión de clase y el sujeto popular**

##### *1. Destrucción de la clase y aislamiento del sujeto*

La discusión sobre la relevancia del concepto de clase para expresar (es decir, representar y articular) a los movimientos sociales es tributaria de las transformaciones recientes del capitalismo avanzado en las sociedades periféricas. La crisis de los esquemas de tipo keynesiano y fordista, los profundos cambios organizativos y tecnológicos en los procesos productivos, la incapacidad creciente para mantener las metas de pleno empleo, la acumulación flexible y otros han generado en el capitalismo desarrollado una profunda desestructuración de la clase obrera. En América Latina el impacto de estos nuevos procesos y de la rearticulación externa posterior a la crisis detonada en 1982 se agrega a la acción de elementos más tradicionales –regímenes políticos autoritarios, circunscripción de la democratización a su dimensión institucional, crecimiento de la pobreza y de la informalización– para ahondar la de por sí profunda fragmentación social. Este fenómeno obedece tanto a factores “estructurales” como de política: el estado y sus agencias, los organismos técnicos, políticos y financieros multilaterales, las redes de comunicación de masa han desempeñado funciones de obvia gravitación para imponerle dirección, ritmo y modalidades específicas al proceso de desestructuración.

Es asimismo un proceso que opera de manera desigual, e incluso con signo divergente, para las diferentes clases sociales. La interven-

ción del estado (en sentido amplio), en cuanto expresa las orientaciones e intereses de un bloque de poder, orienta el proceso de redespiegue capitalista de tal manera que éste desestructura "por abajo" y organiza y unifica "por arriba" (Weffort, 1992, pp. 15-33). En todo momento de viraje profundo de un esquema de acumulación y dominación, la articulación de las agencias y políticas del estado a las demandas e intereses de las clases y grupos empresariales, ligados a las tendencias innovadoras, ha probado ser de relevancia estratégica para dotar de viabilidad a un estilo capitalista que aún no es predominante en el mercado (Cox, 1992; Vilas, 1993b). La consolidación de los intereses de estas fracciones del capital –y su conversión en políticas públicas– contrasta con la marginación y la desestructuración de los trabajadores y otros grupos populares, así como con el deterioro de su reconocimiento institucional. A través de sus políticas, programas y discursos el estado sanciona y promueve ciertas identidades mientras margina o reprime otras.

El problema de la pérdida y mutación de identidad de los actores recae mucho más sobre los pobres que sobre los ricos, sobre los trabajadores que sobre los capitalistas, sobre los sindicatos que sobre las empresas. En el fondo, estamos en presencia de una cuestión conocida: la posibilidad de la reproducción ampliada y, por tanto, de la existencia social del capitalismo está vinculada al hecho de "que la fuerza de trabajo no devenga clase obrera, sujeto social alternativo, sino individuos" (Bilbao, 1993, p. 11). La acumulación flexible requiere la reducción drástica de los costos laborales como condición de relanzamiento de la ganancia empresarial. Esta es una condición económica que necesita de una condición política: la desestructuración de la fuerza de trabajo en una suma de individuos. Mientras el concepto de clase implica una hipótesis acerca de intereses compartidos y una direccionalidad relativamente clara, un individuo es o bien igual a otro –con lo que las fronteras de clase pierden sentido–, o bien es tan diferente a otro que el agrupamiento de clase también resulta ficticio.

Clase e individuo son puntos de partida alternativos en el análisis social. En la base del concepto de clase está la afirmación de una delimitación de un conjunto de personas –y, a veces, también familias– que se identifican por el origen de la renta que perciben, afirmándose que esa identidad común engendra perspectivas e intereses compartidos, solidaridades y oposiciones. La sociedad del obrero "es la sociedad de clases en la que, a la vez que los individuos se identifican los unos con los otros, se oponen como clase a otra clase" (Bilbao, 1993, p. 87). Una

sociedad de individuos, en cambio, es una sociedad sin oposiciones, pero también sin solidaridades: la comunidad de perspectivas y de antagonismos de las clases queda diluida en la fragmentación particularista de la subjetividad individual.

La discusión de Jameson y otros sobre la funcionalidad de los enfoques posmodernos y posmarxistas del capitalismo avanzado cosecha aquí uno de sus argumentos más fuertes (Jameson, 1984, 1989; Eagleton, 1985): la propuesta metodológica y el análisis conducido por estas corrientes hacen juego con la práctica de la acumulación y la dinámica de la dominación. La desestructuración de las clases trabajadoras y la descalificación de sus organizaciones, perspectivas e intereses es la contracara de la creciente institucionalización de las organizaciones de la clase empresarial tanto como de los aparatos del estado, los principios de articulación social y las agencias de producción e imposición cultural. Lo que dota de conservadurismo a las visiones posmodernas y posmarxistas no es la celebración del orden social vigente –algo que no me consta–, sino el hecho de que sus análisis y propuestas teórico-metodológicas no van más allá de donde va el presente orden capitalista en materia de acumulación y dominación: una típica relación de representación, según se vio más arriba. Asimismo, estos enfoques presentan como un *datum* socialmente ingenuo (la subjetivación individual) lo que es resultado de una lucha en la que la represión patronal a los sindicatos, la sustitución de la negociación colectiva por la contratación individual, el reemplazo progresivo de los principios e instituciones del derecho del trabajo por el derecho civil o comercial, la impunidad empresarial para dar por finalizada la relación de empleo, etc., muestran con notable transparencia la articulación entre la clase (empresarial), el estado y algunas agencias financieras internacionales.

A su turno, el rechazo del concepto de clase en tanto realidad social y política va de la mano con el retorno a una concepción formalista del ciudadano, correlato del individuo aislado de la fantasía del mercado de competencia perfecta y, simultáneamente, protagonista de una versión schumpeteriana de la democracia, que la reduce a un juego formal de normas y procedimientos. La concepción pre-marxista (Platón, Aristóteles, Montesquieu, Tocqueville) y no-marxista (Marshall, Lipste, Moore Jr.) de que diferentes clases sociales construyen de manera distinta los conceptos de democracia, participación y ciudadanía –y de que algunas estructuras sociales son más propicias que otras para el funcionamiento efectivo, es decir, tanto sustantivo como formal de las instituciones democráticas–, es reemplazada por un enfoque de ingeniería

institucional. En este enfoque la vigencia de la democracia y de los derechos de ciudadanía resulta limitada a la ejecución de un conjunto de reglas y procedimientos válidos en sí mismos en todo tiempo y lugar, con abstracción de las fuerzas sustantivas que dan identidad efectiva a la matriz social: el "espíritu de las leyes" –según Montesquieu–.

## 2. Clase y pueblo

La desestructuración de la clase trabajadora, el campesinado y otros actores del mundo del trabajo tiene como contracara el fortalecimiento de las organizaciones y las perspectivas de clase empresariales, asumidas de manera creciente por el estado, los medios de comunicación y los organismos financieros internacionales. Esto obliga a una elaboración teórica que dé cuenta de estas modificaciones, aunque obviamente ello no basta para invalidar la potencialidad heurística del concepto de clase.

La amplia pero *no indiscriminada* convocatoria de las movilizaciones y luchas sociales de las décadas recientes destaca el protagonismo de lo popular, entendiéndose por tal la *articulación de explotación económica, opresión política y pobreza*. Lo popular expresa en América Latina una conjunción de ingredientes socioeconómicos, políticos y culturales: lo socioeconómico se refiere a un conjunto de rasgos, como desempleo o empleo inestable, ingresos insuficientes (con relación a necesidades básicas) y características similares. La desestructuración impulsada por la combinación de acumulación flexible y crecimiento marginador reconvierte a la clase obrera en una masa trabajadora en condiciones de empleo degradadas; esto se refiere tanto a la dimensión estructural del subconjunto social (calidad del empleo, tipos de ocupación, modalidades y niveles de remuneración) como a los aspectos organizativos (gravitación en retroceso del sindicalismo e importancia creciente de formas comunitarias, o ausencia de organización).

Lo popular engloba a la pobreza pero no se reduce a ella; al incluir una dimensión político-ideológica se integra asimismo con grupos de clases medias bajas y de pequeña burguesía, movilizadas más explícitamente en torno a la democratización, las libertades públicas y los derechos de ciudadanía que a través de demandas económicas en sentido estrecho. Lo político-ideológico implica una autoidentificación de subordinación y opresión (social o de clase, étnica, de género) frente a una dominación que se articula con explotación (negación de una vida dig-

na, de perspectivas de futuro) y se expresa institucionalmente: inseguridad, arbitrariedad, coacción socialmente sesgada. *Implica*, por lo tanto, algún tipo de oposición al poder establecido y, ante todo, a las instituciones y organizaciones que representan y articulan la explotación y la dominación.

El pueblo, "lo popular", es el resultado de esta conjunción o intersección entre vida ruin y opresión política *injustamente impuestas*; implica, en consecuencia, una dimensión cultural o ideológica. Parafraseando a Marx, puede decirse que el pueblo es siempre "pueblo para sí". La constatación de la diferencia entre opresión y explotación plantea una hipótesis de confrontación a los poderosos, a los ricos, a los explotadores, y a las instituciones que objetivan poder, riqueza y explotación: estado, partidos, sindicatos, medios de comunicación y cualesquiera otros. En este proceso de identidad y confrontación lo estructural es tan importante como la conciencia que se adquiere de ello; lo subjetivo es resultado de una lectura –es decir, una interpretación– de lo estructural, y no puede prescindir de esa dimensión; es también una lectura que se lleva a cabo desde una posición dada en esa estructura. En la medida en que hay una realidad de opresión y explotación, los intentos de articularlo "desde arriba" como colaboración y solidaridad reclaman siempre una componente de control y de virtualidad coactiva que, a su turno, confirma la identificación confrontacional "desde abajo" como pueblo.

La "conciencia popular" no surge espontáneamente ni por acaso, como sugiere la desafortunada metáfora del caleidoscopio; tienen un papel importante en esto lo que en una ocasión anterior denominé "agentes exógenos" (Vilas, 1994, pp. 23-26). El pueblo se constituye como tal en una lucha política e ideológica donde contienden distintas "ofertas" –según se dice ahora– de identidad y articulación: lo confrontacional vs lo conciliatorio, lo colectivo vs lo individual en su juego de objetividades y subjetivaciones impulsado por partidos, sindicatos, agencias gubernamentales, medios de comunicación, iglesias, organismos no gubernamentales, fundaciones empresariales, etc., y en la que la meta del poder, la riqueza y la explotación consiste, por confesión de parte y no por articulacionismo discursivo, en que la desestructuración de la clase trabajadora sea acompañada y reforzada por una profunda individuación del sujeto popular.

La conjugación de opresión, explotación y pobreza en la construcción del sujeto popular significa que lo popular se constituye sobre la base de una pluralidad de referentes vinculados mediante una comple-

ja red de complementación y contradicción, en la cual los sujetos "escogen" aquellos ingredientes que mejor expresan su condición de opresión y explotación. En algunos casos lo popular se construye alrededor de referentes sociolaborales, otras veces los referentes étnicos adquieren centralidad, otras veces es el género, otras más, elementos simbólicos. Además del modo en que particulares inserciones ocupacionales y de ingreso en el mercado de trabajo y de las posiciones determinadas en las relaciones de poder, otros referentes se articulan a los previamente mencionados, gravitando decisivamente en la manera en que los actores construyen sus nociones de género, etnicidad, clase, etc. En la medida en que el estado sintetiza una dominación que es, a un mismo tiempo, de clase, étnica y de género, la pertenencia al mundo de los dominados se basa en relaciones de clase, étnicas y de género, y se vive de múltiples maneras. Ninguna identidad –de género, sociolaboral, étnica, u otra– es definitiva o estática; lo permanente en el sujeto popular es la opresión y la explotación en el marco de la pobreza, mientras que los ángulos desde los que se enfocan la opresión y la explotación, y sus dimensiones constitutivas, son contingentes.

### *Una ilustración*

En abstracto, la identidad de género carece de un referente socioeconómico determinado; pero en los hechos las organizaciones de mujeres en América Latina nuclean y movilizan principalmente a mujeres de clases medias y de sectores populares; la cuestión del "empoderamiento" de las mujeres se refiere a ellas ante todo.<sup>7</sup> La cuestión es más clara aún en lo que toca a las identidades étnicas, cuya construcción siempre involucra tipos específicos de articulación con los recursos naturales (medios de producción reproducción) y las instituciones del poder político (el estado). La "cuestión indígena" en América Latina es

<sup>7</sup> El estudio de Lovell sugiere, sobre la base de cifras censales, que aunque las desigualdades de clase (medidas por niveles de ingreso y categoría ocupacional) son mayores que la discriminación de género, ésta es considerablemente más fuerte entre trabajadores (calificados y no calificados) que en las categorías profesionales y directivas: casi un tercio mayor. El asunto se hace más complejo cuando se cruzan estos resultados con la variable raza: la discriminación de género resulta mayor entre los trabajadores y profesionales y directivos blancos, que entre los afrobrasileños (Lovell, 1994, colaboración de cifras del cuadro 3).

más que la "cuestión de la tierra", como planteó Mariátegui de modo innovador aunque reduccionista (Mariátegui, 1977), pero es también la cuestión de la tierra.

Las variaciones del modo en que las identidades se construyen expresan asimismo las variaciones en los "microfundamentos" de las macrodeterminaciones. El modo en que Domitila Chũngara construye su identidad de mujer, y los alcances de ésta, es distinto del modo y los alcances de Rigoberta Menchú, o de las militantes sandinistas: la mediación de la clase (obrera) juega un papel tan fuerte en el primer caso, como la mediación de lo étnico en el segundo, o la confrontación política en el tercero (Viezzler, 1978; Burgos, 1985; Randall, 1980). A su turno, la manera en que la identidad de mujer se construye por las combatientes sandinistas difiere del modo en que este proceso se desenvuelve en mujeres nicaragüenses menos involucradas en la lucha política (Maier, 1980, 1985). Las mujeres de los sindicatos campesinos peruanos estudiadas por Sarah Radcliffe muestran poseer una identidad femenina específica, en comparación con la imagen de mujer presentada en la cultura mestiza, católica, urbana, y, a su turno, es una identidad de mujer diferente en las clases populares, en las élites y en las clases medias (Radcliffe, 1993). Esta específica identidad de mujer surge, por lo tanto, a través de las diferentes culturas de clase, étnicas y regionales en que las mujeres campesinas viven y actúan, y, también, son negociadas en relación con las políticas del estado (Radcliffe, 1990). En Centroamérica el involucramiento de las mujeres en la denuncia de la violación masiva de los derechos humanos por parte de organismos estatales y paraestatales —escuadrones de la muerte y similares— abrió las *puertas para el cuestionamiento de la violencia y de otras formas de opresión que se ejercen contra ellas mismas en la esfera de lo "privado"* (Schirmer, 1993). El trueque de identidades étnicas en la costa atlántica de Nicaragua, en la década de 1980, expresó este mismo proceso de búsqueda de una mejor posición de confrontación frente a un régimen político y económico visualizado como opresor (Vilas, 1990, 1992).

En todos los casos la construcción y reconstrucción de identidades enfatiza una oposición a la opresión y la explotación de las que el estado es expresión directa o indirecta, en cuanto contribuye a reproducir una dominación que es de clase tanto como étnica y de género. El proceso dinámico de constitución, reconstitución y transformación de identidades debe ser visto, en consecuencia, como el resultado de la búsqueda de una perspectiva de explotación y opresión que fortalece la

propia inserción en lo popular. Al contrario, el objetivo del poder –político, económico, cultural, étnico, de género– consiste en producir una identidad vaciada de conflictividad y de direccionalidad, que sustituya a aquella que potencia el conflicto: los subempleados del sector informal y los minifundistas son “microempresarios”, los escuadrones de la muerte se convierten en “grupos armados ilegales con motivación política”. La pugna por la construcción de identidad tiene como referente posiciones diferenciadas de clase: la familia que el estado publicita parte de un referente urbano de clase media que tiene poco, si algo tiene, que ver con la familia que constituye la enorme mayoría de la población ubicada en los niveles inferiores de ingreso, o en el campo;<sup>8</sup> la “niñez” del estereotipo cultural difundido por los medios de comunicación se parece muy poco a la realidad de la infancia de las clases populares (Levinson-Estrada, 1994).

La identidad del sujeto colectivo *pueblo* es heterogénea en sus elementos constitutivos y homogénea en su enmarcamiento en el mundo de la pobreza y en su confrontación con la explotación y la opresión –si bien las manifestaciones de esa confrontación asumen una amplia variación–. La puntualidad de los elementos constitutivos obliga a referirse a las “clases populares” como sujeto doblemente colectivo (por la heterogeneidad de sus ingredientes y por sus expresiones), donde el concepto de clase abandona su estrecho referente fundado en el trabajador 1) productivo, 2) asalariado y 3) del mercado formal, para englobar a todos quienes participan como explotados y oprimidos en las relaciones de poder –político, económico, de género, cultural, étnico– institucionalizadas en el estado, sus aparatos y políticas.

De esto se deriva que el sujeto de clase no debe ser visto como el pasado de un presente popular. El avance de la acumulación flexible y la alianza del estado con los grupos empresariales “de punta” desalariza a los trabajadores proletarizados –vale decir, que carecen de una relación directa con un fondo de reproducción–, pero no revierte el proceso de proletarianización; los cambios en las categorías ocupacionales –de obrero asalariado a cuentapropista, de trabajador permanente a estacional, del mercado de trabajo formal al informal, etc.– confirman la posición “estructural” del sujeto al mismo tiempo que alteran y modifican las dimensiones organizativas, culturales, cotidianas y las estrategias de sobrevivencia asociadas a aquella posición, crisis de los sindicatos y de otras formas organizativas, masificación y aislamiento

<sup>8</sup> Cfr. al respecto el editorial de FEM. No. 140, octubre de 1994. p. 3.

de los sujetos, etc. Lo "obrero" como expresión de lo proletario salarizado se subsume ahora en la multifomidad de lo popular, en contraste con las experiencias de conducción de lo popular por lo obrero de la etapa anterior de la acumulación y desarrollo.<sup>9</sup>

Este contraste, sin embargo, es mucho menos marcado en América Latina que en Europa; a causa del modo de desarrollo capitalista de la región, la diferenciación clasista típica del capitalismo tuvo menor desenvolvimiento y se mantuvo mucho más entreverada con indentidades étnicas y regionales que en los países cuyas experiencias históricas particulares fueron universalizadas como modelos o referentes "clásicos". En parte los desaciertos políticos de las organizaciones partidarias y sindicales –de mucho de lo que convencionalmente puede considerarse como izquierda latinoamericana– obedecen a estos problemas de conceptualización errada. Pero las especificidades del capitalismo latinoamericano no deben llevar, por reacción, a desconocer la magnitud de las transformaciones, recientes y en curso, de las relaciones entre lo proletario y lo popular, ni tampoco la creciente multifomidad de lo popular. Es posible que algunas de las dificultades de la nueva izquierda política latinoamericana para movilizar el voto de amplias mayorías populares exprese, en el fondo, el carácter crecientemente minoritario de los asalariados del sector formal productivo frente al crecimiento vertiginoso de las masas proletarizadas pero desalarizadas, por un lado, y la ampliación de la agenda popular hacia temas nuevos o planteados de manera novedosa, por el otro, y, además, los obstáculos que esto erige a la representación y la articulación de las demandas y perspectivas de estas nuevas y viejas masas por parte de partidos y sindicatos.

Los movimientos sociales de amplia convocatoria popular que protagonizaron la dinámica social y política latinoamericana en las décadas recientes son una forma de expresión de esas complejas relaciones en un escenario vertiginosamente cambiante que, además de forzar a la reconfiguración de lo popular, degrada las condiciones de vida de sectores muy amplios de la población más vulnerable. Lo que usualmente se presenta como "activación de la sociedad civil" es ante todo la activación de su componente popular –los habitantes del mundo del empobrecimiento, la opresión y la explotación– mucho más que la de los protagonistas del mundo del poder y la riqueza (Vilas, 1993a).

<sup>9</sup> Galín et al. 1986, discuten la relación entre lo obrero y lo popular a partir de un caso concreto.

La búsqueda de nuevas identidades que expresen mejor las múltiples dimensiones de lo popular ubica así el tema de las identidades y los sujetos en el terreno de la política como proceso de construcción de poder. Esta ubicación no invalida otras perspectivas de análisis y de hecho saca provecho de ellas, al mismo tiempo que llama la atención sobre los efectos que un emplazamiento erróneo del tema puede tener para sesgar la problemática que le es propia, o parcializada. ♦

## BIBLIOGRAFIA

Aaranowitz, S. (1982). *The Crisis of Historical Materialism*, Nueva York. Praeger.

Alvarez, S. E. (1990). *Engendering Democracy in Brazil. Women's Movements in Transition Politics*. Princeton N. J., Princeton. University Press.

Assies, W. (1990). "On Structured Moves and Moving Structures. An overview of theoretical perspectives on social movements". en Assies, W., Bugwal, G. y Salman, T., *Structures of Power, Movements of Resistance. An Introduction to the Theories of Urban Social Movements in Latin America*, Amsterdam, CEDLA. pp. 9-98.

Benería, L. y Shelley Feldman (eds.) (1992). *Unequal Burden. Economic Crises, Persistent Poverty, and Women's Work*, Boulder, Co., Westview Press.

Bilbao, A. (1993). *Obreros y ciudadanos. La desestructuración de la clase obrera*, Madrid. Editorial Trotta.

Bloomfield, J. (ed.) (1977). *Class, Hegemony and Party*, Londres. Lawrence and Wishart.

Burgos, E. (1985). *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, México. Siglo XXI.

Burke, E. (1774). "Speech to the Electors of Bristol", en *The Writings and Speeches of Edmund Burke*, Boston, Little, Brown and Company, 1901, vol. 2, pp. 92-97.

— (1780). "Speech at the Guildhall in Bristol". *ibid.*, pp. 370-383.

— (1792). "Letter to Sir Hercules Landrishe, M.P.". en Ross, J. S., Hoffman y Levack, P. (eds.), *Burke's Politics. Selected writings and speeches of Edmund Burke, on Reform, Revolution and War*. Nueva York. Alfred A. Knopf. pp. 494-498.

Calderón, F., Piscitelli, A. y Reyna, J. L. (1992). "Social Movements, Actors, Theories, Expectations". en Escobar, A. y Alvarez, S. (eds.) (1992). *The Making of Social Movements in Latin America. Identity, Strategy and Democracia*. Boulder, Co. Westview Press, pp. 19-36.

Cerroni, U. (1972). *La libertad de los modernos*. Barcelona. Martínez Roca.

— (1975). *Marx y el derecho moderno*. México. Grijalbo.

Cohen, J. (1982). *Class and Civil Society*, Amherst, University of Massachusetts Press.

Cox, R. W. (1992). *Globalization, Multilateralism and Democracy*, Providence, R. I., Brown University. The John W. Holmes Memorial Lecture.

Dahrendorf, R. (1959). *Class and Class Conflict in Industrial Society*, Palo Alto, Stanford University Press.

De Sierra, G. (comp.) (1994). *Democracia emergente en América del Sur*, México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias. UNAM.

Eagleton, T. (1985). "Capitalism, Modernism and Postmodernism", *New Left Review*, 152, julio-agosto, pp. 60-73.

Eckstein, S. (de) (1989). *Power and Popular Protest in Latin America: Latin American Social Movements*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press.

Elster, J. (1986). "Three challenges to class", en Roemer, J. (ed.), *Analytical Marxism*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 141-161.

Escobar, A. y Alvarez, S. (eds.) (1992). *The Making of Social Movements in Latin America. Identity, Strategy and Democracy*. Boulder, Co., Westview Press.

Fisher, J. (1993). *Out of the Shadows. Women, Resistance and Politics in South America*. Latin America, Londres. Bureau.

Fontaine, P. M. (de) (1985). *Race, Class and Power in Brazil*, Los Angeles, Center for Afro-American Studies, University of California.

Franco, C. (1983). "Visión de la democracia y crisis del régimen", *Nueva Sociedad*, No. 128, noviembre-diciembre, pp. 50-61.

Frank, A. G. y Fuentes, M. (1989). "Diez tests acerca de los movimientos sociales", *Revista Mexicana de Sociología*, 4/89, octubre-diciembre, pp. 21-43.

Galín, P., Carrion, J. y Castillo, O. (1986). *Asalariados y clases populares en Lima*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos.

- García Delgado, D. (1994). "Argentina: De la movilización de masas a los nuevos movimientos sociales". en De Sierra, G. (1994). *op. cit.*, pp. 181-205.
- Geras, N. (1987). "Post-Marxism?". *New Left Review*, 163, mayo/junio, pp. 40-82.
- (1988). "Ex-Marxism Without Substance: Baing a Real Reply to Laclau and Mouffe". *New Left Review*, 169, mayo/junio, pp. 34-61.
- (1990). *Discourses of Extremity*, Londres, Verso.
- Gramsci, A. (1977). *Gli intellettuali e la formazione della cultura*, Roma, Editori Riuniti.
- Grompone, R. (1994). "Las mujeres organizadas y la escena pública en Lima". en De Sierra, G. (1994). *op. cit.*, pp. 229-258.
- Habermas, J. (1981). "New Social Movements", *Telos*, 49 (Fall), pp. 33-37.
- Hall, S. (1997). "Rethinking the 'Base-and-Superstructure' Metaphor". en Bloomfield, J. (ed.) 1977. *op. cit.*, p. 72.
- Harvey, D. (1989). *The Condition of Postmodernity. An Enquiry into the Origins of Cultural Change*. Oxford, Basil Blackwell Ltd.
- Hindess, B. (1977). "The Concept of Class in Marxist Theory and Marxist Politics", en Bloomfield, J. (ed.), *op. cit.*, pp. 95-107.
- Hobsbawm, E. (1987). *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, Barcelona, Editorial Crítica.
- (1989). "Farewell to the Classic Labour Movement?". *New Left Review*, 173, enero-febrero, pp. 69-74.
- Jameson, F. (1984). "Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism", *New Left Review*, 146, julio/agosto, pp. 53-93.
- (1983). "Marxism and Postmodernism", *New Left Review*, No. 140, julio/agosto, pp. 31-45.
- Kirkpatrick, G. (1994). "Philosophical Foundations of Analytical Marxism", *Science & Society*, No. 58 (1), pp. 34-52.
- Kruijt, D. (1992). "Monopolios de filantropía: el caso de las llamadas 'Organizaciones No Gubernamentales' en América Latina". *Polémica*, No. 16 (2ª época), enero/abril, pp. 41-47.
- Laclau, E. (1991). "The Impossibility of Society". en Kroker, A. y M. (eds.), *Ideology and Power in the Age of Lenin in Ruins*, Nueva York, St. Martin's Press, pp. 24-27.
- y Mouffe C. (1985). *Hegemony and Socialist Strategy*, Londres, Verso.

— (1987). "Post-Marxism Without Apologies". *New Left Review*. No. 166, noviembre / diciembre. pp. 79-106.

Levinson-Estrada, D. (1994). *Staying at Home and Leaving Home: Youth Gangs, Street Children and the Family Wage Economy*. Nueva York. Department of History, Columbia University. multicopiado.

Lovell, P. A. (1994). "Race, Gender, and Development in Brazil". *Latin American Research Review*. 29 (3). pp. 7-35.

Luna, M. (1992). "Las transformaciones del empresariado como sujeto en la década de los ochenta", en de la Garza Toledo, E. (coord.). *Crisis y sujetos sociales en México*. Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, México. UNAM/Porrúa.

Maier, E. (1980). *Nicaragua: La mujer en la revolución*, México, Fondo de Cultura Popular.

— (1985). *Las sandinistas*, México, Fondo de Cultura Popular.

Mariátegui, J. C. (1977). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima. Amauta.

Marx, K. (1852). *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Moscú, Editorial Progreso. s/f.

Meiksins, W. (1986). *The Retreat from Class*. Londres, Verso.

Milliband, R. (1989). *Divided Societies. Class Struggle in Contemporary Capitalism*. Oxford. Clarendon Press.

Nun, J. (1967). "The Middle-Class Military Coup", en Véliz, C. (ed.). *The Politics of Conformity in Latin America*, Londres. Oxford University Press. pp. 115-146.

— (1991). "La democracia y la modernización, treinta años después", *Desarrollo Económico*, No. 123, octubre-diciembre. pp. 375-393.

— (1988). *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Madrid, Ed. Sistema.

Patiño Tovar, E. (1990). "La intervención patronal en la escena de Puebla", en Zermeño, S. y Cuevas, A. (coords.), *Movimientos sociales en México*. Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, México. UNAM.

Patriños, H. A. y Psacharopoulos, G. (1993). "The Cost of Being Indigenous in Bolivia. An Empirical Analysis of Educational Attainments and Outcomes", *Bulletin of Latin American Research*. 12(3) septiembre. pp. 293-309.

Przeworski, A. (1985). *Capitalismo y socialdemocracia*. Madrid, Alianza Universidad.

Radcliffe, S. H. (1990). "Multiple Identities and Negotiation over Gender: Female Peasant

- Union Leaders in Perú". *Bulletin of Latin American Research*, 9 (3), pp. 229-247.
- Radcliffe, S. H. y Westwood, S. (eds.) (1993). "Viva". *Women and Popular Protest in Latin America*. Londres. Routledge.
- Randall, M. (1980). *Todas estamos despiertas. Testimonios de la mujer nicaragüense hoy*. México. Siglo XXI.
- Roemer, J. (1982). *A General Theory of Exploitation and Class*. Cambridge. Harvard University Press.
- Rosenau, P. M. (1992). *Post-Modernism and the Social Sciences*. Princeton, N. J., Princeton University Press.
- Rude, G. (1981). *Revolta popular y conciencia de clase*. Barcelona. Editorial Crítica.
- Ryan, M. (1982). *Marxism and Deconstruction: A Critical Articulation*. Baltimore. Johns Hopkins University Press.
- Samaniego, C. (1980). "¿Movimiento campesino o lucha del proletariado rural en El Salvador?". *Estudios Sociales Centroamericanos*, 25, enero-abril, pp.125-144.
- Schirmer, J. (1993). "The Seeking of Truth and the Gendering of Consciousness. The Comadres of El Salvador and the Conavigua. Widows of Guatemala". en Radcliffe, S. y Westwood, S. (eds.), *op. cit.*, pp. 30-64.
- Schumpeter, J. (1950). *Capitalism, Socialism and Democracy*. Nueva York. Harper & Row.
- Schurman, F. y Van Naerssen, T. (eds.) (1989). *Urban Social Movements in the Third World*. Londres. Routledge.
- Silva, N. do Valle (1985). "Updating the Cost of Not Being White in Brazil", en Fontaine, P. M. (ed.), *op. cit.*, pp. 42-55.
- Slater, D. (1994a). "Power and Social Movements in the Other Occident: Latin America in an International Context". *Latin American Perspectives*, No. 81, primavera, pp. 11-37.
- (1994b (ed.). "Social movements and Political Change in Latin America", *Latin American Perspectives*, No. 81, primavera, y No. 82, verano.
- Solares, J. (ed.) (1993). *Estado y Nación. Las demandas de los grupos étnicos en Guatemala*. Ciudad de Guatemala. FLACSO/Fundación Friedrich Ebert.
- Thompson, E. P. (1963). *The Making of the English Working Class*. Nueva York. Vintage Books.
- Urban, G. y Scherzer, J. (eds.) (1991). *Nation-States and Indians in Latin America*. Austin. University of Texas Press.
- Touraine, A. (1994). *Crítica de la modernidad*. Buenos Aires. FCE.

Van Parijs, P. (1993). "Una revolución en la teoría de las clases". en Carabaña, J. y de Francisco, A. (comps.), *Teorías contemporáneas de las clases sociales*. Madrid. Ed. Pablo Iglesias. pp. 187-227.

Viezzar, M. (1978). "Si me permiten hablar...". *Testimonio de Domitila, una mujer de las minas de Bolivia*. México. Siglo XXI.

Vilas, C. M. (1984a). "Insurgencia popular y revoluciones sociales (en torno a la Revolución Sandinista)". *Revista Mexicana de Sociología*, 3/84, julio/septiembre. pp. 185-209.

— (1984b). *Perfiles de la revolución sandinista*. Buenos Aires/La Habana. Legasa/Casa de las Américas.

— (1990). "Clase, estado y etnicidad en la Costa Atlántica de Nicaragua". *Nueva Antropología*, No. 38, pp. 21-41.

— (1992). *Estado, clase y etnicidad: La Costa Atlántica de Nicaragua*. México. FCE.

— (1993a). "The Hour of Civil Society". *NACLA. Report on the Americas XXVII* (2), septiembre-octubre. pp. 38-42.

— (1993b). *Back to the "Dangerous Classes"? Capitalist Restructuring, State Reform and the Working Class in Latin America*. Nueva York. Columbia University. ILAIS Papers on Latin America. primavera. No. 34.

— (1994). *Mercado, estados y revoluciones: Centroamérica 1950-1990*. Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades. México. UNAM.

Welfort, F. (1992). *Qual democracia?*. San Pablo. Ed. Schawrcz.

Wright, E. O. (1985). *Classes*. Londres. Verso.

— (1989) (ed.). *The Debate on Classes*. Londres. Verso.

Wright, E. O., Levine Andrew, y Sober, E. (1992). *Reconstructing Marxism. Essays on Explanation and the Theory of History*. Londres. Verso.